

PAUL GROUSSAC

Por DORA LÓPEZ
Alumna de Letras

C ELEBRADO el centenario de su nacimiento, he creído oportuno recordar la personalidad del maestro, labor a la que debe acompañar —no menos justicieramente— “el reconocimiento unánime y franco de la tarea civilizadora que cumplió”. No supone esto la exclusión de la crítica, referida a algunos de sus personales puntos de vista de los cuales nos apartamos. Por el contrario, guiada ella por el sereno juicio de quienes se vincularon directa o indirectamente a Groussac, nos permitirá abarcar la visión amplia que nos lo muestra como escritor, hispanista, historiador, crítico de arte, etc., pero hombre al fin, en todos los aspectos de su vida, con sus errores y aciertos.

Cierto es que quizá su gloria mayor resida en su magnífica amalgama de las lenguas francesa y castellana, a tal punto que en su estilo no se sabe si es Francia quien habla con la lengua de Castilla, o ésta que vibra con el espíritu de aquella. El poeta mismo lo recuerda en una décima:

De dos grandes lenguas prez,
yo quiero dejar constancia
de mi adoración ya rancia.
Si mi flor es amarilla,
ríñeme en la de Castilla
perdóname en la de Francia.(1).

Pero tan cierto como esto, es que el considerar a Groussac actuando en ese terreno, nos mueve necesariamente a penetrar en el estudio de su carácter, de su psicología —tan interesante como el de su misma obra— donde está latente la razón de su forma de ser. Sus rasgos hablaban de decisión, de firmeza, perseverancia, de combatividad, de agudeza, de vis cómica, de sentido estético, fisonomía carnal a la que respondía y se amoldaba con exactitud matemática su espíritu. Se explican así muchas de sus actitudes de aparente hostilidad hacia la tierra que le acogió generosa y se ofreció como escenario de sus luchas o como ambiente de sus obras. El mismo Groussac, que en dos de ellas se sintió movido a dejar constancia de su agradecimiento a esta segunda patria, nos dice en el *Santiago de Liniers*:

"Muchas de sus aparentes inconsecuencias (habla de Liniers) provinieron sin duda, más de accidentes idiosincrásicos, de su adaptación incompleta a este medio social. Casi todos los emigrados remedamos a actores que después de echarse sobre los hombros, en el vestuario a oscuras, el primer traje hallado a mano, saliesen a improvisar en la escena el papel correspondiente (2). Como emigrado y como francés, era sin duda el más indicado para juzgar al héroe de la Reconquista en este sentido, pero si bien reconocía que al hacerlo se autojuzgaba, no reparaba en que simultáneamente daba también la más amplia y sincera justificación de sí mismo.

Francois-Paul o Francois de Paul Groussac había nacido en Toulouse (Francia) el 15 de Febrero de 1848 y desde entonces hasta 1868 en que marchó a Buenos Aires, los acontecimientos de su juventud no tiene casi trascendencia sobre su futura actuación, salvo aquéllos que lo movieron a abandonar Francia —y que aún no podemos precisar(3)— imprimiendo así a su vida un cambio tan radical y significativo como ahora comprobamos.

Posteriormente Groussac nos hablaría de su arribo a la "gran aldea" transformada ya en floreciente metrópoli, y sus primeras impresiones en tierra extraña. A la ansiedad juvenil que atenuaba un tanto los sinsabores de la nueva vida, se añadían su obligación y firmeza de carácter que le hicieron asumir desde un principio el papel de conquistador y no de conquistado. La confirmación de ello está implícita en su meteórica carrera y ascenso al primer plano de la intelectualidad argentina. Había llegado sin saber una palabra de la lengua y con "la cabeza llena de humos literarios y novelescos" y prontamente, merced al empuje de su valer y capacidad, asumiría la Rectoría de la Escuela Normal de Tucumán y la Presidencia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, en tanto se entregaba de lleno a su pasión literaria. A ésta supo señalarle el derrotero que a sus fines correspondía y éstos consistían en "consumar una obra intelectual y ética de sumo valor, de acción irradiante y de escritura ejemplar", (Carlos Vega Belgrano). Toda la obra de Groussac nos muestra que lo logró plenamente, aunque ella no carezca de defectos que motivó su mismo espíritu arrebatado y polemizador, y algunos conceptos erróneos que no reconoció como tales. Y en esa misma obra contemplamos a Groussac crítico, historiador y literato, hispanista, estilista y maestro del idioma, escritor y crítico musical, imponiendo en cada uno de esos planos la profundi-

dad y agudeza de observación que le caracterizaron. Es de lamentar sin embargo, que muchas de sus conclusiones en el terreno lingüístico o literario (recordemos su polémica con Menéndez y Pelayo en lo que se refiere al problema del falso Quijote: ver estudio del Dr. Oría sobre dicha polémica) o el histórico, de cualquiera en el que actuara, es de lamentar, decíamos, que ellas se vieron empañadas en su exactitud por ese carácter apasionado del maestro, que muchísimas veces le indujo a mantenerse en posiciones completamente erróneas. No obstante... a título de recordación— no olvidemos esta opinión de Nicolás Avellaneda: "Escribía en una de nuestras revistas sobre Espronceda y sobre Trueba... quedamos sorprendidos. No habíamos leído en nuestro idioma apreciaciones más finas y de un vuelo tan elevado. El análisis se mezclaba al drama. Era un estudio literario y a la par un estudio humano. En el poeta se buscaba al hombre, y a través de sus versos se divisaban las vicisitudes de la vida o las palpitaciones de su corazón... Era la aplicación entre nosotros de la crítica moderna como es practicada por Sainte Beuve o Nissard". Olvidemos, pues, momentáneamente sus errores —sin justificarlos ni condenarlos ya que no está en nosotros el hacerlo— y reparemos tan sólo en la inmensidad de su producción:

- "*Memoria histórica y descriptiva de la provincia de Tucumán*" (1882),
- "*Fruto Vedado*" (novela a lo Daudet, 1884),
- "*Del Plata al Niágara*" (1897),
- "*El viaje intelectual*" (1904),
- "*Le comentateur de Laberinto*" (194),
- "*Santiago de Liniers: 1737 - 1810* (1907),
- "*Historia del Paraguay*" (del P. J. Guevara con noticia y estudio crítico; 1908),
- "*Roque Sáenz Peña*" (1909),
- "*Amparo*" (novela),
- "*Toponymie historique des côtes de la Patagonie*" (1913),
- "*El Congreso de Tucumán*" (1916),
- "*Mendoza y Garay*" (1916),
- "*Relatos argentinos*" (2ª edición 1924),
- "*La divisa punzó*", etc., etc....

Cabe destacar que sobre las imperfecciones que evidencia su obra, hay algo que la hace indudablemente poseedora de una gran

categoría: es la pureza de estilo, que le convierte en el estilo único de Paul Groussac, y éste predicó esa pureza con el ejemplo, asumiendo asimismo la responsabilidad del más decidido defensor de ella. Algún crítico ha creído "más aparente que real la casticidad de Groussac", que "radica más en los vocablos que en los giros" y se funda para decirlo en que "cuando se aprende un idioma a la edad en que Groussac lo hizo con el castellano, no se le adquiere como un nativo. Para éste el vocablo es una paleta y un color para el extranjero de esas condiciones". La crítica más irrefutable a esas aparentes razones, está en Groussac mismo y en su obra.

Recordemos ligeramente que en el año 1891 surgió en nuestro país un movimiento destinado a implantar "el idioma nacional", el cual tuvo su ridícula culminación en una obra "Idioma nacional de los argentinos" que proponía la supresión de la enseñanza del castellano en las escuelas, para reemplazarlo por el estudio del francés, del gauchesco, del quichua, del guaraní, "a fin de facilitar la formación de un idioma privativo argentino". Entonces Groussac, que por sobre todo se consideraba francés, alzó su voz para recordar "que no hay más idioma nacional que el castellano". Luego añade: "La herencia que aconsejo a los argentinos conservar con respeto religioso es la de la lengua, que es la tradición viva de la raza... Quitado aquí el castellano ¿con qué se le reemplaza? ¿Se rechazará la carabela en nombre de la jangada? Se declara caduco el idioma de Quevedo para sustituirlo ¿con qué?". Agreguemos ahora ¿y esto a mérito de qué; ¿con qué autoridad? y respondamos que con aquella que le confiere su carácter de maestro del idioma de que hemos hablado, esa pureza de estilo que no puede negársele. Nadie ha acertado como A. C. Alvarez al opinar así: "Groussac se apropió psicológicamente del castellano y en ello unido al sentido que tenía de la lengua, reside justamente la fuerza expresiva de su estilo".

Groussac, que había consagrado su esfuerzo a esta patria adoptiva, le consagraría también el resto de su vida y lo más querido de ella, al constituir en ésta su hogar, en medio de sus fecundos desvelos y preocupaciones intelectuales.

- 1) Sobre la tumba de P. Groussac (F. Moreno).
- 2) Nosotros (tomos 65 y 68) Su vida (A. de Laferere).
- 3) Jacques y Groussac, Juan Canter (La Nación 20-4-48).
- 4) Fruto vedado, Groussac.
- 5) Escritos literarios (Avellaneda).
- 6) Groussac y la lengua (A. C. Alvarez).